

COMENTARIO BÍBLICO DE LA LITURGIA DE LA PALABRA DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO (CICLO C)

El Evangelio de hoy, básicamente, nos ofrece cuatro ideas:¹

La salvación ha sido enviada por Dios a todos los hombres

Los primeros cristianos no dejaban de preguntarse si la salvación traída por Jesucristo era sólo para los judíos, como continuación del A.T. o si la novedad era, justamente, el estar destinada a todos los hombres. Contra los que pretendían reducir el número de los salvados a un sólo pueblo o a una pequeña minoría, Lucas afirma claramente: "*Todos los hombres verán la salvación de Dios*" (v.6). "Ver", en sentido semítico, es "tomar parte".

El Evangelio nos invita a ubicarnos en una visión amplia y abierta, sin límites ni barreras en la que TODA LA HUMANIDAD está llamada a recibir y acoger la salvación. Nadie debería quedar fuera del nuevo Pueblo de Dios. Por eso la solemnidad con que se introduce el Evangelio de hoy.

La situación política respecto a la presentada en Lc 1,1-5 ha cambiado: el que reina ahora en Judea es un gobierno romano. Este es el marco de la intervención divina. La lista de los gobernantes (3,1-2) eran los que regían el mundo cuando Juan Bautista comenzó a predicar, es decir, antes de la manifestación de Jesús.

Juan recibió "la Palabra de Dios" en tiempos del gobierno de Tiberio. Esto indica que la salvación se da dentro de la historia universal. Se está iniciando una nueva etapa en la historia; y Lucas no se limita a mencionar los gobernantes judíos (de la región de Judea), sino que también nombra los de las regiones vecinas, conocidas por su dominación totalmente pagana (Galilea, Iturea, Traconítide, Abilene, Idumea, Samaría)² como asimismo a dos sumos sacerdotes: Anás (6-15 dC) y su yerno Caifás (18-36 dC).

Lucas pone en relación los soberanos políticos con los religiosos, la historia pagana con la historia de salvación. Nada ni nadie queda fuera. La invitación a la salvación es para Israel como para los paganos. Muchos del pueblo judío, como a veces sucede en nuestras comunidades, rechazaban a los paganos porque los veían envueltos en sus errores religiosos y en una vida desordenada; especialmente rechazaban a los romanos por invasores que se habían apoderado de sus territorios y cobraban impuestos altos. Revisemos nuestras miradas a los "otros".

¹ Cfr. FRANCOIS BOVON, *El Evangelio según San Lucas*, vol. I, Salamanca 1995, 237-246 y LUIS H. RIVAS, *Jesús habla a su pueblo*, Buenos Aires 2000, 15-20.

² Recordemos que por Testamento, Herodes "el grande" había dividido su reinado entre sus 3 hijos: **Arquelao** (posteriormente depuesto por los romanos y sustituido por el prefecto romano **Poncio Pilatos**), **Herodes Antipas** y **Filipo**. Lucas agrega a Lisaniás, tetrarca de Abilene (parte del reino de Iturea), para llegar al número de cuatro (**tetrarca** = "señor de la cuarta parte de un reino). De todas formas, los soberanos de Israel sólo podían ejercer entonces su poder bajo la soberanía del emperador Tiberio. Por eso se lo nombre primero y se le dice el año de su reinado.

La fuerza omnipotente de la Palabra

"*La Palabra de Dios se dirigió a Juan...*". Como al principio, Dios pronuncia su Palabra y las cosas adquieren realidad. Dios dijo: "haya luz" y hubo luz... Su Palabra es creadora de realidades nuevas e inauditas. Tiene poder, es eficiente y eficaz. Dios atraviesa y transforma la historia, y esta intervención de Dios en la historia pasa por su Palabra. Ella tiene efectos salvíficos. A Juan esa Palabra lo llevó al desierto, también a nosotros debería llevarnos a lugares nuevos. La Palabra desinstala. Suscita una historia de salvación cuando los hombres se dejan captar por ella, escuchan, aman, obedecen...

De la vocación a la misión

"*Juan... que estaba en el desierto, comenzó a recorrer el Jordán*". El desierto es el lugar de la vocación, el Jordán el de la predicación.

Primero la pertenencia familiar: "*el hijo de Zacarías*", después la llamada divina "*Dios dirigió su Palabra...*" y luego, el envío a los hombres: "*Éste comenzó entonces a recorrer...anunciando*".

El "*bautismo de conversión*" (en griego: *metanoia*) de Juan sella la decisión personal de poner toda la vida bajo el juicio de Dios y no esperar más que su perdón. He aquí la mayor novedad de la predicación de Juan: obtener el perdón de los pecados. No anunciaba un inminente juicio condenatorio, como predicaban muchos en su tiempo, sino una posibilidad de salvación ofrecida por Dios.

Lo que cuenta es la responsabilidad personal, la decisión, que desemboca en una construcción nueva de la realidad por el pensamiento, la fe y la vida.

La prueba escriturística: "como está escrito"

El pasaje citado (Is 40,3-5) no evoca solamente la llamada a la penitencia y al bautismo de agua, sino también la espera activa de la venida del Señor. Habla de la preparación de un camino en el desierto para que avance el Dios que trae la salvación.

Las imágenes del v.4, sobre todo el allanamiento de los senderos, están al servicio del anuncio profético, según el cual Juan prepara al pueblo para la venida del Mesías. En aquella época, ante las visitas solemnes de los reyes o los príncipes, se acostumbraba a dejar en buen estado, limpiar y decorar las calles por donde entrarían a la ciudad. La venida del Señor, no sólo afecta a Israel sino a todos los ciudadanos.

La salvación no tardará en manifestarse, pero los hombres deben preparar su llegada. Así como quien nivela para arriba (rellena valles) o para abajo (aplana montículos) un terreno desperejo para construir una ruta, también nosotros deberíamos prepararnos para recibir al que viene en la próxima Navidad. Quizás

nos sentimos ante Él como los paganos, alejados por nuestros errores o manera de vivir, o tal vez nos sentimos como los romanos ante los judíos, con sentimientos de injusticia y culpabilidad. Pero también podemos ser de los que piensan que el Señor viene sólo para nosotros, que nos creemos buenos o más dignos que otros.

La Palabra de Dios no es una sentencia condenatoria, sino una invitación a la conversión para darnos su perdón. Aprovechemos estos días de Adviento y nos preparemos a recibir al Salvador. Montañas y barrancos hacen dificultoso el camino; hay que allanar. Como quien construye una ruta, quitemos todos los obstáculos (resentimientos, faltas de perdón, odios, mentiras...) y nivelemos nuestro corazón ("derribemos montañas" de orgullo, soberbia, altanería, arrogancia... y "rellenemos valles" de culpas inútiles, de baja autoestima, de depresiones o soledades caprichosas, de lutos ya consolados...) que Dios viene y quiere obrar en cada uno, SU OBRA de SALVACIÓN.

Dra. María Verónica Talamé
Salta